

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Subscription mensual 0.20
Número suelto . . . 0.10

Publicación Quincenal

Editada por la Agrupación del mismo nombre

Administrador: RISTO STOIANOVICH

Por Simón Radowitzky

Vuelto Gregorio Palacios a su puesto de verdugo en el presidio de Ushuala, han tornado los penados a padecer el martirio o a sentir sobre sus vidas pender, como la clásica espada, de un cabello la amenaza.

Entre los primeros se halla, aquí que reivindicó la dignidad pisoteada del pueblo trabajador. Nos referimos al compañero Simón Radowitzky.

Ese Gregorio Palacios, esa hiena imbecil, fría, cargada de todos los más salvajes ancestralismos, que hoy gobierna nuevamente en el presidio de Ushuala, tiene contra Radowitzky un profundo odio mortal. Este solo hecho, ya probado en ocasiones diversas, que debería inhibirlo para desempeñar cualquier clase de función en aquel presidio, como inhiben a los jueces, para juzgar, su parentesco con cualquier preso o su antipatía hacia cualquier encausado, no ha impedido al gobierno nacional nombrar alcaide a semejante insecto. Y allá está el tipo ese, tranquilo, alegre y ufano, haciendo pesar sobre Radowitzky toda su torpe crueldad de inquisidor medioeval.

¿Que hace en tanto el pueblo? Nada. El pueblo no sabe nunca una sola palabra de los salvadores de su dignidad. Lo que debería respigarlo, hacerlo saltar de inmediato en acciones o en protestas, cuando no lo ignora le es indiferente. ¿Cuán distinto es, sin embargo, el día en que en un hipódromo le trapean una carreral. Entonces se vuelve atropellado, valiente, y en diez minutos destruye tribunas y empalizadas o incendia un teatro, si la cinta sicalpica que le anuncian no es tan puerca como lo deseaba.

Forma parte del pueblo una colectividad obrera y anarquista, en la que repercuten más rápidamente todos los dolores porque los comprende, porque los conoce, porque los sufre. ¿Porque está constantemente más cerca de ellos. Es a esta colectividad a la que un diario grandote que aparece en Buenos Aires, se viene dirigiendo hace algún tiempo, según nos dicen, con el noble propósito de salvar a Radowitzky de las garras inmundas de su inundo verdugo.

Pero esa colectividad, envenenada por ese mismo diario, no tiene fuerzas sino para llevar y traer chismes, calumnias e injurias. Y de ahí es que todas las exhortaciones del diario ese, hayan caído en el vacío, en vez de respingar a la tal colectividad, haciéndola saltar de inmediato en acciones o en protestas.

Radowitzky puede seguir sufriendo, para desdicha de él y vergüenza de los que lo amamos y admiramos, que la colectividad a la cual él rindiera su vida joven en el bello gesto con que nos honra a todos, no está capacitada para hacer nada útil en su favor, pues envenenada como se encuentra, sólo es buena hoy por hoy, para descalificar periódicos anarquistas y difamar honestos compañeros.

Confesémoslo y avergoncémosnos de que tal cosa suceda.

¿Reforma o revolución?

Nunca los anarquistas consiguieron de los de arriba—burgueses o gobernantes—un poquitillo de atención para sus más simples demandas, que no tuvieran que recurrir a la elocuencia de los hechos airados. Vanas fueron siempre nuestras protestas escritas, nuestros fogosos discursos, nuestros carteles vibrantes o nuestros versos mejores, si todo ello no pudo abrirse camino en la conciencia del pueblo precursando un movimiento más o menos intensivo de opinión.

Gentes prácticas los de arriba, se rieron toda la vida de las declamaciones de los de abajo, y sólo se dignaron escuchar reclamos, realizar reformas, poner sus manos sobre un asunto dado para abrir una vía a la justicia, limar una aspereza o trazar una línea de equidad, cuando las tormentas de los de abajo ennegrecieron sus limpios horizontes o desgajaron el rayo de la acción.

Esto lo saben todos los anarquistas, y porque saben esto es que no ignoran que nunca, que jamás será

NOCION DE LA IGUALDAD

Está fuera de toda discusión que en aptitudes, disposiciones y fuerzas, todos los hombres somos diferentes. Una igualdad física no existe, una de capacidad manual e intelectual tampoco; cada individuo obedece a condiciones especiales de su propia naturaleza, que lo hacen ser lo que realmente es y no otra cosa. Concebir a la humanidad cortada por un mismo patrón, es un absurdo; sería creer que los hombres son simples piezas de fundición.

Hay hombres fuertes y débiles; naturalmente que el que es fuerte tiene sus debilidades como el que es débil posee también su fortaleza. Hay además hombres que llamamos cortos de alcances y otros que decimos de más luces, de mayor vigor intelectual, de más claridad en las ideas y más grande visión de las cosas. Una misma cosa los hombres la sienten distintamente, unos más y otros menos. Mucho o poco que se profundice la cuestión, el hecho de las desigualdades es una realidad.

Ahora bien: esta desigualdad no lesiona absolutamente en nada la igualdad que es principio y base de la idea anarquista. Nosotros reconocemos, por encima de las desigualdades humanas, el derecho a la vida que tienen todos los hombres. Esta concepción del derecho no tiene otra base que la apreciación natural del valor de cada uno. Sabemos que todas las manifestaciones de la vida convergen a un objeto común a todos: la existencia. Existir es la condición de todo lo que nace, lo que se crea, lo que se desarrolla. A la existencia, colabora en el mismo plano de fuerzas el fuerte y el débil, el pobre de imaginación como el fecundo en ideas. Utilitariamente no hay una sola fuerza que se pierda: todas las aptitudes del hombre en la sociedad, sirven al objeto de existencia de la sociedad misma, colaboran al propósito común de la vida, que es perpetuarse en un constante movimiento de renovación.

Los privilegios fundados sobre el valor de cualquier cualidad, son perfectamente antinaturales, negadores de la propia necesidad de existir, del derecho a la vida que tienen todos. ¿Con qué razón va a prevalecer, dominar—y lo que es peor, eliminar, como sucede en la sociedad burguesa por medio de su funesta organización—el fuerte sobre el débil? ¿Con qué razón el inteligente va a rodearse de comodidades, apoderándose violentamente de lo que es necesario al otro para vivir, contra la voluntad del que es menos inteligente? Únicamente con la razón criminal de la fuerza sobrepujada, pisoteando el natural derecho a la vida que tienen todos los hombres, fuertes o débiles, cortos o largos de alcances.

El reconocimiento de la desigualdad de los hombres, en su naturaleza, nos conduce de la mano al razonamiento de que la vida social es un conjunto de fuerzas aparecidas en distinta forma, destinadas a un objeto único: el de conservar la propia sociedad. Así como para que un cuadro ofrezca belleza se necesita de la variedad de los colores, de los tonos, más débiles unos, más fuerte otros, blancos y rosados o azules, así también para que la sociedad sea realmente sociedad, se necesita la aparición de una cantidad de fuerzas distintas, que obrando en planos y circunstancias igualmente distintas, ofrezcan la vida animada, al conjunto, en su necesidad de existir, perpetuándose con la renovación.

¿Quién podría decir, en la música, por ejemplo, cuál es el sonido que vale más? Todos son necesarios, e iguales por derecho e idea de la existencia de la música, a la armonía que realiza su asociación. De ahí que, diciendo que los hombres son distintos, no establecemos la idea de que existen superiores o inferiores en derechos.

Ninguna idea, a excepción del anarquismo, ha realizado esta igualdad de derechos como condición previa y necesaria a la vida. Ninguna idea ha concedido o reconocido,—mejor dicho,—a los hombres, su igualdad, para satisfacer todas sus necesidades y consagrar al desarrollo de la vida social la cantidad de fuerzas físicas o morales, manuales o intelectuales que la voluntad de cada uno quiera dar, de acuerdo con sus especiales aptitudes.

Por otra parte, nada más en acuerdo con la naturaleza, racionalmente interpretada, que la interpretación del anarquismo: el fuerte roble es idénticamente necesario a la vida, que el humilde líquid; la pequeña mariposa hace bella la naturaleza juntamente con la inmensa estrella que desde allá, a millares de kilómetros, nos envía su luz y que parece también una mariposilla de plata brillando sobre el fondo oscuro de la noche inmensa.

M. ANDERSON PACHECO.

Cárcel de Bahía Blanca.

posible gozar de una mejora, disfrutar la más pequeña libertad, conseguir la más mínima pepita de bien o de salud, si no se apela a esa gran «comadrona de la historia» que se llama la acción. Y porque saben es-

to es que tampoco nunca tuvieron una *pisca de confianza en la bondad de los de arriba*, cada vez que de darle satisfacciones al pueblo se trató, ni esperaron que *pusieran remedio a ningún mal*, ni creyeron

que el clamor de las víctimas pudiera ser oído por quienes dada su posición de prepotentes y de privilegiados, son duros de corazón, avaros de medicina y atrofiados del aparato acústico, cuanto más bien seguros en sus posiciones se presumen.

Quede, pues, para los reformistas—mansos, legalitarios, reverentes, hombres de petitorio y de cordura,—actitudes de especie semejante. Ellos son coherentes consigo propio, toda vez que así proceden. Pero para los anarquistas es muy loco, muy triste, muy ramplón. Para nosotros no hay ni puede haber otro camino que el del hecho o la acción, acción o hecho a que debemos precipitar al pueblo, influenciándolo, preparándolo, primero, con el espíritu de justicia, revolucionario, que informan nuestras ideas, si es que queremos ser escuchados y que toda vindicación sea digna de nosotros.

Lo demás, tal como eso de abandonar ese resto de confianza que aun nos queda (no a nosotros) en la «bondad» de los de arriba, y cuanto hemos subrayado en estas líneas, no son otra cosa que lamentaciones desgraciadas de nuestro decano «colega», que a fuerza de haber envilecido su tradición de rotundidad y de coraje con el dialecto piringundinesco a que nos tiene acostumbrados, ya no sabe honrar la doctrina que defiende, ni expresarse sino como el más trivial de los liberaloides de la vida.

Organización y asociación

Cuando se confunden los términos, no es difícil confundir las ideas que estos expresan y, consiguientemente, todos los pensamientos y conceptos que basados en ellas se emitieran. Tal sucede, por ejemplo, con las palabras organización y asociación, a las que unos por ignorancia y otros cada vez que les conviene, suelen atribuir valores de sinonimia.

Es, pues, preciso dejar sentado que organización y asociación no son términos sinónimos. Organizar es ordenar, poner las cosas o los seres en un sentido determinado, de acuerdo con el plan preconcebido por el organizador. Organizar, entonces, es realizar una labor cualquiera, siguiendo la línea de un sistema dado con antelación.

Observemos a este respecto cómo se organiza a los trabajadores. Previo un llamado público, más o menos literario, en que los vocablos miseria, explotación, emancipación, etc., entran por mucho, se logran juntar en un local, dos o tres docenas de hombres de un oficio cualquiera, que han acordado gracias al cebo de las mejoras de que se les ha hablado en el llamado y en las que, sea dicho de paso como un detalle bastante sugerente, no se cree. La prensa anarquista en general, expresa a cada momento que las mejoras son un engaño. Sin embargo se habla de eso sistemáticamente, toda vez que se quiere organizar a los trabajadores.

Luego de un discurso ad hoc por parte del compañero más apto para estos asuntos de organizar (casi siempre el aludido compañero suele ser secretario de gremio) y luego de las palabras de aliento y demás indicaciones al respecto, por parte de otros compañeros dispuestos a prestar su ayuda cuando se trata de organizar conversando, se procede a nombrar un secretario y una comisión, que las dos o tres docenas de hombres reunidos, eligen por mayoría de votos. Y ya tenemos una organización y las pequeñas obligaciones o deberes que le son inherentes y a las cuales hay que respetar en todo y por todo, hasta tanto una asamblea no resuelva cosa en contrario.

No necesitamos decir más sobre lo que significa organización. La palabra misma nos lo explica: organización es ordenamiento, colocación de las cosas, de los hechos o de los seres, de acuerdo con un método, un plan o un sistema preconcebido. Y lo que nos dice la palabra, nos lo demuestra o confirma a cada momento la misma realidad.

Asociación, ya es otra cosa. Significa ante todo entendimiento mutuo, acercamiento y aceptación consciente, inteligencia, compañerismo, libertad.

